

El Escorial, monumento del renacimiento ⁽¹⁾

La capital de Felipe II, su residencia, el centro de su poder que aun se extendía sobre dos continentes, fué creación suya. Cuando tuvo que acudir a España traído por la muerte de su padre, uno de sus primeros cuidados fué el de cumplir el voto que había hecho al día siguiente de la victoria de San Quintín, lograda el 10 de agosto de 1557, fiesta de San Lorenzo: el joven vencedor prometió fundar un monasterio consagrado al santo diácono martirizado en Roma, al que una tradición española suponía natural de Huesca.

Felipe II pensó en unir al monasterio un palacio en el que él mismo encontrase retiro, siguiendo el ejemplo de los Reyes Católicos, que se hicieron construir en Avila una vivienda unida al convento de dominicos; pero el Rey quiso para su fundación la grandeza de la soledad.

El monasterio de *San Lorenzo de la Victoria*, cuando no había pasado de ser un nombre, fué dado a la orden de los Jerónimos, que dió asilo a Carlos V en uno de sus monasterios, en un lugar desierto de Extremadura. Durante tres años, frailes y arquitectos buscaron emplazamiento para aquél en los *despoblados*. Al cabo, el Monarca se decidió por una meseta granítica en la vertiente de la sierra de Guadarrama, dominando una vasta extensión en la que se adivina Madrid en el fondo. El aire allí, a 1.000 metros de altura, es sutil; el agua, abundante; los montes, pródigos en caza.

En los alrededores no existía más que un grupo de chozas, a unos cien metros más abajo, que se llamaban el *Escorial* por las escorias de una modesta explotación de hierro. El nombre de la aldea pasó a la fundación regia.

El 30 de noviembre de 1561 entregóse el terreno al prior y al arquitecto. Este era Juan Bautista de Toledo: había trabajado en Roma, en donde reinaba a la sazón Miguel Angel. El vicerrey D. Pedro de Toledo le llamó a Nápoles; Juan Bautista abrió, cortando la ciudad, la célebre calle de Toledo, cuyo nombre recuerda a la par al virrey y al arquitecto. En 1559 se encontraba en Madrid.

El dibujo que hizo para El Escorial fué celebrado por los contemporáneos como el de la obra maestra del renacimiento en España. Después de haber ejecutado un modelo en madera, como para Chambord, el arquitecto colocó la primera piedra del monasterio el 9 de mayo de 1563.

Murió en Madrid cuatro años más tarde; pero la traza del colosal edificio es obra suya. Las torres de ángulo, copiadas de los alcázares de Madrid y Toledo, son, en el plano del Escorial, el único detalle castellano. El conjunto difiere bastante de la disposición de los monasterios medievales, en los que la iglesia ocupa uno de los lados de un polígono; aquí está situada en medio de un gran rectángulo cuyas divisiones se cortan formando ángulo recto. El monasterio está al Sur de la iglesia, el alojamiento de la corte al Norte; las habitaciones reales, que miran a Levante,

(1) *Histoire de l'Art* publiée sous la direction de André Michel. Seconde partie. Tome V. Paris, Armand Colin, 1913.

forman una construcción saliente que rodea la cabecera de la iglesia. ¿El arquitecto quiso seguir el dibujo de la parrilla de San Lorenzo, como pretende una tradición que no se apoya en ningún testimonio antiguo? No obedeció más que a una ley, la de la simetría, introducida por el renacimiento en la arquitectura y que Italia no había podido aplicar, aun en tiempo de Julio II, en ningún edificio comparable al que el Rey católico hacía surgir entre un caos de granito.

Las trazas de Juan Bautista no se modificaron más que en ligeros detalles de disposición por el fabriquero encargado de las obras, un monje toledano, fray Antonio de Villacastín, que había acondicionado la vivienda de Carlos V en el monasterio de Yuste. Al morir el arquitecto jefe, el Rey mandó llamar a un bergamesco, Giovan-Battista Castello, más pintor que arquitecto, residente entonces en España. Este italiano dibujó la escalera principal del monasterio, digna de un palacio, y que recuerda, en más solemne, la de honor comenzada por Villalpando en el Alcázar de Toledo. Tal vez Castello, fuese a continuar dando al Escorial una magnificencia profana, de no haber muerto en Madrid en 1569. El arquitecto que quedaba asociado al fraile fabriquero, trabajaba en la obra desde 1563 y había asistido a la colocación de la primera piedra. Era otro Juan Bautista, un montañés de las Asturias de Santillana, de la familia de los Gutiérrez de Maliaño de Herrera; aprendiz de cura, después soldado, estudió ciencias en Bruselas y cargó con el arcabuz en Italia. Volvió a España con el Emperador, formando parte de su guardia en Yuste antes de pasar al servicio de Felipe II como arquitecto. Herrera era ante todo un matemático y un sabio: inventó un aparato para hallar la declinación, ensayado en los galeones de Indias. Este ingeniero, de acuerdo con fray Antonio y con el prior de los jerónimos, impuso en la obra una disciplina conventual. Para apresurar la construcción, el fabriquero y el arquitecto se repartieron el trabajo. Fray Antonio se consagró a la fábrica de los muros de la iglesia, que se construía por varios sitios a la vez. Herrera envió dibujos a las canteras de la montaña, de donde llegaron a la obra los sillares completamente labrados para su asiento: no se oyó desde entonces en la ciudad obrera del Escorial el choque de los martillos, sino tan sólo las ruedas de las carretas y de las cabrias. La obra emprendida por Felipe II al pie del Guadarrama, es tal vez lo más semejante, en el pasado, a los trabajos de construcción que nuestra industria moderna ejecuta fuera de las ciudades. Para aumentar el parecido no faltó ni una huelga, que hizo ondear en 1577 el estandarte negro sobre el monasterio de la Victoria. Fray Antonio consiguió mitigar la cólera del Rey, argumentándole que las pobres gentes que habían tomado el partido de un obrero despedido, obedecieron, a su manera, al honor castellano.

El fraile no quiso figurar en la colocación de la primera piedra: «Me reservo — dijo — para la última.» La puso, según había anunciado, el 13 de septiembre de 1584, después de veintidós años de trabajo. Lo que era la obra terminada, los historiadores del monasterio lo han expresado con cifras: 86 escaleras, 1.200 puertas, 2.673 ventanas. La masa de granito ha resistido al tiempo como una prodigiosa cristalización de la montaña: promete a la memoria de Felipe II la permanencia de las Pirámides. ¿Qué representa en la historia de la arquitectura esta «octava maravilla del mundo»?

La desnudez de las interminables fachadas, la frialdad de los largos pasillos, dan al monumento, como se ha repetido cien veces, un carácter sepulcral. El edificio universal, monasterio y palacio, seminario y biblioteca, iglesia y museo, es a la vez una necrópolis.

Felipe II tuvo por los sepulcros una especie de atracción macabra, sentimiento completamente ajeno al espíritu renacentista. Tal vez pensó, desde la fundación del Escorial, vivir cerca de sus muertos. Diez años después de la colocación de la primera piedra llegan los primeros ataúdes; el de Carlos V, procedente de Yuste, se encuentra en El Escorial, en 1574, con el de la emperatriz Isabel, que llega de Granada. Y la fúnebre procesión continúa, haciendo sitio al heroico bastardo de Carlos V, D. Juan de Austria. Ha continuado hasta nuestros días para los Habsburgos y los Borbones. Un hipogeo se excavó bajo El Escorial.

Los féretros que llegaron al palacio durante el reinado de Felipe II se colocaron en una pequeña cripta acondicionada en 1573 bajo el altar de la sala que servía de iglesia provisional; la cripta de cúpula rebajada que se construyó debajo de la cúpula de la gran iglesia, y cuyos trabajos se interrumpieron por el encuentro de una corriente de agua, no se terminó hasta 1654; hasta el reinado de Felipe IV, Carlos V y Felipe II no tomaron posesión de su última morada. El Escorial subterráneo ha quedado independiente del plano del edificio; los muertos no contribuyen en nada a la tristeza del monasterio de muros carcelarios. La única parte aparentemente funeraria en todo El Escorial es la capilla mayor de la iglesia con sus tumbas; es también la única que oculta el granito bajo los ricos mármoles y los bronceos dorados, la única brillante y triunfal.

La sencillez helada del Escorial está seguramente de acuerdo con los propósitos del fundador. El Rey examinaba, aun estando de viaje, los planos de su arquitecto. Uno de los de Herrera, encontrados en 1912, adquiridos por Alfonso XIII y expuestos hoy en El Escorial, tiene correcciones de mano de Felipe II; el Rey señaló un hueco que le permitiera seguir desde su alcoba, estando en el lecho en el que murió, la misa celebrada en el altar mayor. La habitación de Felipe II, conservada como la de un santo, es una celda prioral. El fraile fray Antonio y el matemático Herrera debieron estar de acuerdo con el soberano para dar al monumento construido con el plano más majestuoso del renacimiento la severidad y la desnudez de los viejos monasterios que la Orden de Cister levantó por todos los reinos de España. Sin embargo, la misma austeridad del Escorial participa del renacimiento ya adaptado a la contrarreforma.

La Roma de Pablo III y Sixto V había vuelto a emplear el travertino de la República romana; construía monumentos gigantescos y macizos en los que la parquedad del ornato dejaba desnuda la ciencia del constructor. El Escorial reemplaza el travertino por el granito: Herrera es un ingeniero por el estilo de Fontana. Es también, y en el mismo nivel que Juan Bautista de Toledo, un artista; recorriendo Italia bajo las banderas de los Tercios, supo adquirir, aunque ignoramos cómo y cuándo, las más altas enseñanzas del renacimiento.

La doble columnata de la fachada principal del Escorial (que Juan Bautista de Toledo no había previsto) es una fachada de iglesia romana, según el gusto severo

de Viñola. Para la iglesia Herrera aprovechó los planos que Felipe II había pedido a Italia en 1573, particularmente el propuesto por un ingeniero militar, Paciotto. El plano de la iglesia es el primitivo de San Pedro de Roma: la cruz griega de Bramante que adoptó Miguel Ángel. Herrera la añadió dos disposiciones muy españolas: por una parte la capilla mayor, dominando la nave desde lo alto de su solemne escalinata; del otro lado el coro con su sillería en alto, formando tribuna encima de la entrada, como en las capillas de los Reyes Católicos. Los detalles del edificio son totalmente italianos, y bajo el coro, el sistema de pilares y bóvedas valientemente rebajadas forma un nartex cuyo plano dibuja también una cruz griega. La cúpula de la iglesia del Escorial, la flexión de uno de cuyos pilares obligó a Herrera a achicar el tambor, no puede rivalizar con la cúpula de San Pedro; pero, en el interior del edificio, el orden colosal que asciende sin interrupción hasta el nacimiento de los enormes arcos, tal vez sea la construcción que continúe más dignamente fuera de Roma el ábside sobrehumano construido por Miguel Ángel delante de los jardines del Vaticano. El orden predilecto de Herrera es, como el de Viñola, el dórico en su variedad toscana; le superpuso un orden jónico de severa traza; pero si utilizó el dórico, aun para los armarios y mesas de la biblioteca, adoptó el corintio o el compuesto para las ricas maderas de las Indias en las que se tallaron la sillería del coro y los muebles de la sacristía. El gran patio de los monjes, con su claustro de dos pisos y su fuente en forma de *tempietto*, es una construcción de gran elegancia. En el dibujo del *tempietto*, en la disposición misma de los cuatro estanques y de las avenidas que los separan, el arquitecto utiliza de nuevo el tema de la cruz griega, que fué el de Bramante y Leonardo de Vinci en sus dibujos de arquitecto. Ejecutando y completando las trazas de Juan Bautista de Toledo, Herrera acabó de hacer del Escorial la expresión más completa de la arquitectura del renacimiento traducida en fórmulas abstractas y realizada en granito.

EMILIO BERTAUX.

